

Gálatas 3:26-29

Gálatas 3:26-29 Pentecostés 5, 2016 Zacarías 12:7-10; Lucas 9:18-24

“porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa.”
(Gálatas 3.26–29, RVR95)

En Galacia, la congregación cristiana enfrentó una seria amenaza. Ciertos maestros falsos que habían entrado en esta congregación fundada por Pablo estaban estorbando la fe sencilla de los gálatas en Cristo y su esperanza de la salvación en él con su insistencia en que para ser realmente cristianos y estar seguros de su salvación, deberían someterse a la circuncisión y las leyes dietéticas y ceremoniales de los judíos. Se alegaba que Pablo había corrompido el evangelio original como se enseñaba en Jerusalén para hacer las cosas fáciles para los gentiles, pero que en realidad esa enseñanza les impedía de participar plenamente en el plan divino para la salvación.

Toda la Carta a los Gálatas es una refutación de esa alegación. Y en este pasaje, que sirve como nuestro texto hoy, el argumento llega a cierto clímax. Aquí Pablo asegura especialmente a los gálatas gentiles que no necesitan más que Cristo para ser salvos. No necesitan nada más para ser hijos de Dios. No necesitan nada más para tener la verdadera relación con Abraham y ser herederos de las promesas. No necesitan estas cosas, porque el hecho es que YA SON LOS HIJOS DE DIOS POR LA FE EN CRISTO JESÚS.

Pablo comienza el texto afirmando eso mismo. *“Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”*. No tienen que convertirse en hijos de Dios mediante una conversión al judaísmo al ser circuncidados, y así también someterse a la obligación a obedecer todas las estipulaciones de la ley que Dios había dado al pueblo de Israel en el Antiguo Testamento. Cuando llegaron a creer, cuando entraron en su relación con Cristo Jesús, ya fueron incorporados en el pueblo de Dios. De hecho, como Cristo es el Hijo de Dios por excelencia, todos los que por la fe son incorporados en él y tienen su identidad en él

son vistos por Dios Padre como sus hijos. Esta relación se establece por la fe en Cristo Jesús, no por descendencia física de Abraham, y no por las obras de la ley.

Para resaltar este hecho les recuerda algo que es su común experiencia, su bautismo. Les recuerda lo que ha sucedido en su bautismo. *“Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”*. Es probable que, al hablar de ser bautizados, está resaltando que el que es verdaderamente activo y hace el bautismo es Dios mismo. Es un bautismo en Cristo, un bautismo que pone a una persona en una relación íntima con Jesucristo al encender o fortalecer la fe en él. Pero con este hecho de ser incorporados en Cristo, cambia toda la identidad de la persona. Ya no es un “pecador de entre los gentiles”, como se mencionó en la Epístola de la semana pasada. Ya no es un hijo de Adán y heredero de la maldición que trajo el pecado de Adán. Está incorporado en Cristo, identificado con él, hasta tal punto que el mismo Padre celestial mira a la persona y no ve a un pecador condenado, sino ve a su propio Hijo obediente Jesucristo. El cristiano cuando es bautizado muere con Cristo y es levantado a una nueva vida en Cristo. En lugar de la ropa sucia del pecado, lo que lo cubre es el manto perfecto e inmaculado de la justicia de Jesucristo. Y como lo que Dios ve cuando ve al cristiano bautizado y creyente en Cristo Jesús, ve a su Hijo. Y así delante de él, todos ellos son, en verdad, hijos de Dios por la fe en Jesucristo.

Debemos considerar nuestro bautismo así. Hemos sido incorporados en Cristo. Nos hemos revestido de Cristo. Somos hechos hijos de Dios. Es un fuerte baluarte cuando recordamos eso en los momentos en que Satanás viene a nosotros con las tentaciones, y trata de hacernos creer que todavía pertenecemos a él y que debemos hacer lo que él quiere. Nuestra respuesta puede ser, ¡Fuera! Yo pertenezco a Cristo, y a él seguiré, y no voy a hacer lo que tú me sugieres. Y si hemos cedido a alguna tentación, y Satanás luego viene y nos dice que es hora de desesperarnos, porque somos pecadores, y cómo podemos pensar que somos hijos de Dios y que Dios puede tener a pecadores como nosotros por sus hijos y salvarnos, podemos responder que sé bien que soy un pecador, y lo lamento y me entristezco por ello, pero también he sido bautizado en Cristo Jesús, y confío en él, y he sido revestido de él, de modo que Dios mismo me ha perdonado y recibido como su hijo y heredero.

Estas bendiciones se aplican a todos los cristianos. *“Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”*. *“Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”*. Para resaltar este hecho, que no hay ninguna ventaja cultural, social ni de sexo cuando se trata del asunto de la salvación, Pablo agrega lo siguiente: *“Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer”*. Lejos de lo que los adversarios en Galacia estaban diciendo, en el asunto de la salvación y ser hijos de Dios, no había ninguna ventaja en ser judío. Así cae su insistencia de que si los gálatas querían estar realmente seguros de su salvación deben hacerse judíos y entrar en el pacto que Dios estableció con Israel, porque Pablo ya demostró antes que “por las obras de la Ley nadie será justificado” (Gál 2:16). “Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición, pues escrito está: «Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para cumplirlas»” (Gál 3:10). Hay un camino de salvación que es igualmente válido para judío o griego, para los circuncidados o los incircuncisos, y eso es exclusivamente la fe en Jesucristo. Pero también Pablo dice que no hay esclavo ni libre. No quiere decir que la esclavitud como institución social ha sido abolida, o tiene que ser abolida. Todo lo demás que escribe en sus cartas demuestra lo contrario. Exhorta en Efesios y Colosenses a los esclavos a obedecer y servir a sus amos. A Filemón no le dio mandamiento de librar a su esclavo Onésimo cuando regresara de Roma a donde se había fugado. Más bien, aunque sigue siendo esclavo, es también más que un esclavo, es un hermano en la congregación cristiana. No se abole la institución, pero sí se transforma con la nueva relación en que están como los que son unidos en el mismo Cristo. *“Porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”*. Esto es el caso con judíos y gentiles, que están unidos en Cristo Jesús por su bautismo y por la fe en él, también es el caso con amos y esclavos que han recibido el mismo bautismo y tienen la misma fe y el mismo estatus ante Dios de ser sus hijos. Y también es el caso con la tercera categoría que Pablo menciona en el texto: *“no hay hombre ni mujer”*. Allí también sigue el orden de la creación. En la sociedad, en la institución del matrimonio, aun en la iglesia, hay diferencia de papeles y funciones. Pero en la cuestión crucial que está bajo discusión en este texto, del estatus ante Dios, de ventajas en cuanto a la salvación, no hay diferencia. Todos ustedes son hijos de Dios. Para estar en esta relación, no hay ninguna ventaja en ser varón o hembra. Igualmente son bautizados e igualmente son hijos de Dios por la

fe en Cristo Jesús. Es interesante la comparación entre esto y una actitud que estaba expresada por el judaísmo en su oración de la mañana: “Bendito eres tú, Oh Señor nuestro Dios, Rey del universo, que no me has hecho un gentil. Bendito eres tú, ... que no me has hecho un esclavo. Bendito eres tú..., que no me has hecho una mujer”.¹ Pero Pablo dice que un cristiano puede ser cualquiera de estas cosas, pero que ninguna de estas cosas tiene ningún efecto sobre nuestra dignidad de ser redimidos por Jesucristo y ser por eso hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús.

“Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa”. Antes en este capítulo, Pablo había insistido en que la simiente de Abraham no era el pueblo de Israel que eran descendientes físicos de él, sino que la Simiente que recibió las promesas era uno, Cristo. Ahora ha declarado que, puesto que hemos sido bautizados, estamos en Cristo. Estamos unidos con él para ser participantes de todas las bendiciones que él puede ofrecer y que él ha ganado para la humanidad. Puesto que eso es el caso, también nosotros, los creyentes gentiles, contamos como verdaderos hijos de Abraham. Había dicho antes que “los que tienen fe, estos son hijos de Abraham” (Gál 3:7). También dice que “La Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: «En ti serán benditas todas las naciones». De modo que los que tienen fe son bendecidos con el creyente Abraham” (Gál 3:8-9). Es la fe que hace a cristianos judíos simiente de Abraham, y por la misma fe, los gentiles gozan del mismo privilegio y bendición. Y si son hijos de Abraham, que fue un hijo de Dios por la fe, también esos gentiles son herederos, herederos de la bendición que Dios había prometido a Abraham, que en él y en su simiente serían benditas todas las naciones.

Y así son también herederos según la promesa. Todo lo que Cristo ha venido para ganar para su pueblo, lo tienen igualmente los creyentes gentiles por la fe en Cristo, el perdón de los pecados, la vida y la salvación. Hermanos, eso es lo que tenemos también por nuestro bautismo y la fe en Cristo. Que sigamos siempre en esa fe hasta que veamos la plena realización de todas estas promesas en el reino celestial. Amén.

¹ Das, A. A. (2014). *Galatians*. (D. O. Wenhe, Ed.) (p. 383). Saint Louis, MO: Concordia Publishing House.

